

Desde sus propias voces... Mujeres jornaleras y violencia en Baja California Sur*

Mónica Jasis Silberg

Centro de Mujeres A.C. La Paz, BCS

*«Si me pidieran un deseo para mis propios hijos,
éste sería que ellos debieran tener la valentía de las mujeres.»*

Adrienne Rich

23

Resumen

Presentaré los primeros resultados de una investigación desarrollada en colaboración con la Universidad Autónoma de Baja California Sur durante el 2003 sobre la violencia contra las mujeres de una población jornalera migrante que trabaja y reside en dos comunidades de una empresa agrícola¹ que opera desde hace varias décadas en el estado.

La empresa contrata hasta 3000 trabajadores: hombres, mujeres, niñas y niños del sur del país para producir vegetales de exportación durante las temporadas de siembra y cosecha. El objetivo del estudio fue conocer, desde las voces de las propias mujeres, los alcances de la problemática de la violencia en estas comunidades para poder diseñar un modelo de intervención apropiado para esta población en particular.

Palabras clave: Violencia-femenina, jornaleras-migrantes, modelo de intervención.

Abstract

In their own voice seasonal field female workers and violence in Baja California South

This article presents first results of a research developed in 2003 in collaboration with the Autonomous University of South Baja California on violence against women of the migrating labor population, who work and reside in two communities of an agricultural company that has operated for several decades in this State.

The company hires up to 3000 workers: men, women, children from southern Mexico to produce vegetables for export during the planting and harvest seasons. The study's objective was to learn, from the women's own voices, the extent of violence in these communities and to design an appropriate intervention model for this particular population.

Key words: Violence against women, migrant female workers, intervention model.

Introducción

En México es evidente la relación que existe entre violencia y salud de las mujeres en la última década gracias al trabajo de las organizaciones no gubernamentales y académicas, a tal grado que ya se ha incorporado la violencia doméstica y contra las mujeres como eje prioritario en el Instituto de Género de la Secretaría de Salud. Resultados preliminares de la *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones Familiares en México (2004)* revelan que 46 por ciento de las mujeres mayores de 15 años (sobre una muestra de 57 mil viviendas rurales y urbanas de todo el país y todas las clases sociales) sufre algún tipo de maltrato y que la violencia psicológica ocupa el 34 por ciento de ocurrencia en esta población, siguiéndole la violencia física, la sexual y la económica (como no aportarle dinero o utilizar sus pertenencias en contra de su voluntad).² La misma fuente encontró que el agresor más frecuente hacia las mujeres es su pareja y que la violencia es mayor mientras más joven sea la mujer, ya que 60 por ciento de las mujeres entre 15 y 34 años reconoció sufrir alguna forma de maltrato.³

El conocimiento sobre la variabilidad del problema de la violencia en comunidades específicas es todavía escaso en nuestro país. En Baja California Sur, al igual que en el resto de México, se ha registrado un incremento de casos denunciados año con año desde que se instaló la Subprocuraduría de Atención a la Mujer y al Menor (SAMM) en 1994, ya sea porque las mujeres están últimamente más informadas, o porque ha aumentado la violencia doméstica y contra las mujeres. La mayor parte de los delitos son los derivados de la violencia familiar y contra la familia, que, sin contar el sesgo por sub-registro, en diez años constituye el 64 por ciento del total de 5959 denuncias acumuladas entre 1992 y 2002. En Baja California Sur es una realidad que la cultura de la denuncia en la ciudadanía así como la conciencia en la impartición de justicia han ido incrementándose.

Consecuencias de la violencia familiar y de género en la salud integral de las mujeres y sus hijos e hijas: esquema referencial para el estudio

La violencia familiar se expresa la mayor parte de las veces en violencia hacia las mujeres y maltrato infantil. Según el estudioso del tema, Jorge Corsi, las investigaciones sobre violencia familiar apuntan a tres tipos de factores de riesgo para que en un hogar exista la violencia: a) Aquellos que ocasionan eficacia causal primaria, los cuales están determinados por aspectos educativos y culturales que hacen que la violencia se acepte como «natural» en las relaciones interpersonales; b) los factores de riesgo asociados, que aumentan la gravedad e incidencia de los eventos y c) los perpetuadores del problema, que se refieren principalmente al funcionamiento de las instituciones involucradas tanto para identificar y prevenir como manejar el problema [Corsi, 2003].

Los factores de género forman parte del esquema de riesgo causal primario que afecta principalmente a mujeres y niños/as, expresados en diversas formas. La violencia contra las mujeres dentro del hogar o doméstica, como bien señala Torres Falcón, es un problema que va más allá de las fronteras, y se considera «universal». La autora dice que los factores de género y la consecuente jerarquización de los poderes en los sistemas son los que determinan las formas que adopta la violencia tanto en los hogares como fuera de ellos, así como la vulnerabilidad de las mujeres durante su ciclo vital [Torres, 2001]. Jewkes coincide en que la pobreza como tal es un factor que exacerba las inequidades incrementando los riesgos de violencia en la relación hombre-mujer a través de sus efectos en el desarrollo de conflictos, roles de género de las mujeres y aspectos identitarios de la masculinidad en relación con las experiencias propias de poder masculino.⁴

25

Abordaje metodológico

Aunque hay diversos trabajos sobre la violencia hacia las mujeres y doméstica, poco se sabe sobre las características específicas que adopta este problema en las comunidades que migran temporalmente por trabajo, desde estados del sur del país a Baja California Sur. Por ello, nuestra

propuesta de abordaje se basó en la utilización de técnicas de campo cualitativas. Debido a que esta investigación nos permitiría encontrar los elementos necesarios para diseñar estrategias y poder establecer un modelo particular que identifique, maneje y prevenga casos de violencia involucrando a todos los subsistemas participantes en el campo agrícola y, a su vez, que el sistema sea independiente de las idas y venidas de la población migrante.

El equipo de campo lo constituimos dos investigadoras, una asistente de investigación y una orientadora en salud.⁵ Desarrollamos diez grupos focales reuniendo los testimonios de mujeres jornaleras, a veces alegatos de todas en una sola voz, otras veces explicaciones individuales, pero prácticamente en todos los casos con acuerdo de las demás.

El tamaño de la muestra, 55 mujeres en diez grupos de enfoque, fue de conveniencia debido a restricciones de tiempo y recursos financieros. La muestra se seleccionó al azar de entre las mujeres registradas en la pequeña clínica de salud que hay en la comunidad. Las reuniones con las mujeres se llevaron a cabo en horarios en los que ellas no realizaban las tareas de trabajo, para que estuvieran tranquilas sin la presión de los deberes laborales o domésticos. La empresa apoyó logísticamente durante el proceso de investigación, proporcionando el espacio de reunión y convocando a las mujeres para que ellas no tuvieran reservas en participar en los grupos de enfoque.

Asimismo, realizamos entrevistas individuales a personal de seguridad del campo, de salud, de gerencia y dirección. Como parte del trabajo y acercamiento con las mujeres, durante las sesiones grupales se realizó, al final, un trabajo de orientación y a veces de desahogo y referencia hacia instituciones de bienestar social y justicia. Lo anterior forma parte de la responsabilidad social que como académicas tenemos en el área de investigación aplicada, siguiendo las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud en lo que respecta al trabajo con testimonios directos⁶ que involucran sentimientos y problemáticas sociales difíciles. Los casos algunas veces requieren de ser encauzados en el mismo momento en que las mujeres encuentran la posibilidad de expresarse, la cual ocurra tal vez en un momento único para ellas y sus hijos e hijas.⁷ Asimismo, como aporte hacia la comunidad jornalera, desarrollamos dos talleres masivos de sensi-

bilización con respecto a la violencia familiar y contra las mujeres, así como la capacitación de un grupo de colonas que comenzarán a detectar casos, con miras al funcionamiento del sistema integral de prevención y atención a la violencia en los pueblos que constituyen el campo agrícola.⁸

El análisis del material lo basamos en la búsqueda de los factores de riesgo señalados por Corsi, así como en la indagatoria sobre condiciones de vida, a partir de la lectura y re-lectura del discurso explícito de lenguajes verbales y corporales individual y grupal obtenido de los grupos de enfoque. Escogimos el esquema propuesto por este autor, ya que es integral e incluye factores que se refieren a las relaciones de género y poder. Esto permitirá tener una idea amplia, tanto de la situación previa de las mujeres y sus familias al llegar al campo agrícola, así como de las condiciones en las que viven durante su residencia en el poblado.

Hallazgos preliminares

Características de la muestra de mujeres en los grupos focales: quiénes son, de dónde vienen, por qué vienen.

Las mujeres participantes en los grupos focales son jóvenes, con un rango de edad de 13 a 55 años y un promedio de 29. Todas migrantes, casi el 40 por ciento nacieron en Veracruz, la tercera parte en Oaxaca y el resto es de Guerrero, Michoacán y Sinaloa. 75 por ciento dijeron provenir de zonas rurales y generalmente en poblados menores de 100 familias, como Zoyatla o Tezonapa en Veracruz. Antes de llegar a La Paz, 41 de 55 estuvieron en Sinaloa y/o Baja California Norte, también en campos agrícolas como los de San Quintín, cerca de la ciudad de Ensenada. Los recorridos por estos estados se han constituido como una opción desde hace tres décadas en rutas de estancia jornalera para comunidades campesinas del sur, como se documenta en diversos trabajos. [Méndez, 2002; UABCS, 1998]. Casi la mitad de las mujeres entrevistadas (42%) lleva viviendo en este campo agrícola menos de un año, la quinta parte de las 55 mujeres tienen más de seis años, y el resto entre dos y tres años.

Entre las razones por las que migran las mujeres encontramos que las más frecuentes son las económicas y laborales: «*En el Sur no hay trabajo todos los días y aquí hay diario trabajo*» señalaba Manuela y el grupo asentía.

Como explicaba Claudia «Pues porque allá también hay una temporada donde ya no hay trabajo y tiene uno que buscarle ya teniendo hijos». Y agregaba Lupita: «le tiene que buscar uno donde haya, pues».

Se asume frecuentemente que las mujeres jornaleras migran como «acompañantes» de sus parejas o como parte de la «familia trabajadora». En este sentido, Rodríguez [1999] encontró que para las jornaleras en los Estados Unidos, «la fuerza» significa «sobrevivencia» y la sobrevivencia proviene de la familia. Vivir, trabajar y viajar como familia son hechos cruciales para la sobrevivencia de los migrantes jornaleros. La migración es una de las decisiones hechas por el bien de la familia [Rodríguez, 1999]. En nuestro estudio, aunque la mayoría migró con su familia, encontramos que en once de los casos estudiados no ocurrió así. Fue interesante detectar que la violencia doméstica o en la pareja ya constituye una razón de migrar para algunas de las mujeres. Soledad comentaba en el grupo, refiriéndose al compañero que dejó en el Sur:

Sí, nos separamos es que me daba mala vida, pues. Me pegaba y todo eso cuando venía tomado y aunque estuviera en su juicio. Parejo se encabronaba y me pegaba y mejor pa' no estar sufriendo allí, me salí con mis dos hijos.

El testimonio de Soledad permitió que otras mujeres también reconocieran a la violencia como razón última o principal para dejar su comunidad de origen, elemento que luego volvió a aparecer en los otros grupos de discusión. Como ejemplo, Graciela comentó:

Pues yo también estoy como ella, me vine sola, me vine huyendo de allá porque él me hacía a un lado, me hacía desprecio, yo mi vida era puro llorar, yo no tenía a quién platicarle nada...

De acuerdo con sus explicaciones, las razones por las que escogen este campo agrícola en particular, redundan en lo que ellas llaman «las prestaciones», que son guarderías para bebés, niños y niñas y por el hecho de que no pagan renta por los cuartos que habitan. En diversas ocasiones, en los grupos focales surgieron anécdotas de parejas y familias enteras que llegaron a este campo huyendo de otros ranchos cercanos porque ofrecen condiciones más limitadas que éste.

Apoyo entre mujeres

El apoyo entre las mujeres se expresa sólo si provienen del mismo pueblo. El mismo origen es garantía de confianza y permite el acercamiento, aun si no les toca ser vecinas. Por el contrario, las vecinas que son de diferentes pueblos, casi no se relacionan, al menos aquéllas que tengan ya varios años de residir en la comunidad porque se fueron quedando o aquéllas que se vuelven a ver durante varios años, que son las menos.

El apoyo entre ellas raramente se da en el cuidado de niños, excepto aquéllas que lo hacen como trabajo remunerado, porque afortunadamente la empresa otorga guardería a todas las familias. Tampoco se da en la comida o préstamos de dinero, a menos que sean personas conocidas desde su pueblo de origen. Encontramos que algunas mujeres consideradas entre ellas mismas «amigas» porque son del mismo pueblo, se ayudan en caso de enfermedad:

Una le da la mano a la otra llevándole un taco a sus niños o lavándole la ropa, pero a conocidas, a las que no conocemos, pues no vamos» [Martha, Veracruz]. «...porque pa tener familiar como vivir en el pueblo de uno no lo tenemos. [Eulalia, Oaxaca].

29

Las condiciones de poca sociabilidad de las mujeres obstaculiza la solidaridad entre sí y, por lo declarado por ellas, las relaciones se basan en la desconfianza, independientemente de que todas sean mujeres que llegan y viven en condiciones similares. Al respecto, Luisa tomó la palabra para que entendiéramos lo que el grupo trataba de explicarnos:

Al contrario, tienes muchos enemigos...se busca enemigos uno aquí. O luego salen que uno es chismosa y bueno, ahí comienzan sus cosas las mujeres.

En ese ambiente, entonces, el buscar ayuda cuando una de ellas tiene algún problema de violencia en la pareja, es difícil, aun en los casos en los que las mujeres han corrido graves peligros. Las anécdotas abundaron. Manuela describe claramente la sensación cotidiana de soledad:

Pos aquí, pos ora sí que cada quien se rasca con sus propias uñas, aquí cada quien se las arregla como puede, pos así la mayoría aquí así nos llevamos pues.

Laura agregaba:

Yo no le platico las cosas a nadie, yo le platico a mi mamá pero ahorita que no está ella, si tengo un problema a nadie se lo digo.

Reconocen que el hecho de sentir que no pueden o no deben compartir los problemas con nadie es contraproducente para ellas, pero lo asumen como parte de la convivencia, que se extiende al menos durante 6 o 7 meses y a veces más: «*Esto le hace mal a uno también que uno tenga un problema y no poderlo contar a nadie*» [Eva, Guerrero].

Es pertinente recordar que está comprobado que el apoyo social constituye una fuente de poder para las mujeres y este factor actúa como «protector» para quienes viven relaciones de pareja abusivas, ya que las hace sentir valoradas, incrementan su auto-estima y es una fuente práctica de ayuda durante o después de los episodios violentos [Jewkes, 2002]. En la muestra que nos tocó estudiar, la falta de apoyo social, la desconfianza, la segmentación por la diversidad de origen, el sentir impotencia al no poder compartir los problemas personales, el no acudir por ayuda porque se considera de antemano que «la otra puede ser tu enemiga», son las características aparentes de las relaciones entre las mujeres. Además, como comentaban en todos los grupos, las mujeres ni siquiera tienen tiempo de socializar entre ellas, por la demanda de las jornadas de trabajo formal e informal que realizan a diario.

Lógicamente, la posibilidad de una organización de cualquier tipo entre ellas, en estas condiciones, es prácticamente nula. Los liderazgos son también difíciles de reconocer a nivel de grupo, por la diversidad de origen y la compartimentación en la sociabilidad, a pesar de que el tiempo que permanecen en el poblado pudiera ser suficiente para reconocer y seguir liderazgos. Esto sólo se da entre las que se quedan por años en el poblado y quienes finalmente han adoptado una actitud de no-injerencia en los problemas de violencia de las familias, una actitud quasi-contemplativa o también expectante.⁹

Violencia hacia las mujeres

En este campo agrícola la violencia doméstica ya pasó a ser una preocupación de la empresa, dado que hace tres años ocurrió la muerte de una mujer joven a manos de su esposo, ambos trabajadores del campo. La empresa reconoce que hay comunidades jornaleras más violentas que otras, motivo por el que ahora se contrata gente del estado de Veracruz, que es «menos problemática». Sin embargo las medidas tomadas para evitar las situaciones de violencia en las parejas y familias no son proactivas ni preventivas y la actuación de las instituciones públicas es prácticamente nula, a pesar de la política de apertura de esta empresa mexicana. Todo esto hace que las mujeres no tengan una estructura de protección y que sólo cuenten con el recurso del cuidador del campo o «campero», quien es referido por ellas como el «mero-mero» y como un recurso de procuración de apoyo externo si es necesario (con la policía municipal así como con los gerentes de la empresa). Cuando las mujeres han hecho la denuncia de manera directa, a veces les ha ido mal. Cristina, durante su injerencia en el caso de su comadre, nos cuenta que *«El policía llegó y me dijo delante del marido de ella, que yo tenía la culpa. Por eso, nadie las puede ayudar.»* Otras veces los hombres son detenidos por unos días, pero luego regresan al poblado. Cada caso se va manejando en forma aislada y, como todo termina por saberse en la comunidad, los casos en los que llega a actuar la policía, en lugar de servir como ejemplo de prevención hacia aquellos hogares que sufren violencia en la comunidad, tienen un efecto de mayor cerrazón, un efecto de «ahora sí que nadie se entere». Esto es porque cuando finalmente los hombres salen libres de cargo y regresan a la comunidad, se busca por canales no-formales, a los o las culpables de la delación o aviso al campero para amenazarlos y hostigarlos. Para las mujeres, entonces, el mensaje corolario es que de nada sirvió el aviso pues no hay castigo para los perpetradores y entonces ya nadie puede ayudar a las mujeres. Como ejemplo, Carla (de Guerrero) comentaba:

Ya nadie se mete cuando en un matrimonio hay violencia, porque no quieren meterse en problemas. Nadie les puede ayudar.

Si seguimos el esquema propuesto por Sluzki¹⁰ en general, las mujeres jornaleras que viven violencia por su pareja muestran los efectos categorizados como «socialización cotidiana» y en menor medida los categorizados por este autor como «lavado de cerebro» y «embotellamiento-sumisión». Esto es, el nivel donde se «naturaliza» el maltrato y las mujeres se acostumbran a que las ignoren y humillen, como apunta el autor, y esto conlleva a un efecto «anestesiante» ante la violencia. En un nivel más grave, la víctima ya incorpora la creencia del agresor de que ella es quien provoca la violencia y, el nivel último donde la violencia es tan intensa, que la víctima se vuelve sumisa al punto de, en palabras de Sluzki «el entumecimiento psíquico», al «desconectarse de sus propios sentimientos». Es probable que esto suceda pues vienen internalizando relaciones violentas transgeneracionales y porque han recorrido diferentes espacios geográficos viviendo las mismas problemáticas. Observamos que las únicas que no estarían en estos niveles son las que han migrado justamente para salir de una relación violenta y entonces, al construir otras relaciones de pareja logran al menos negociar la no-violencia como condición de la permanencia en la relación.

Razones que ellas le atribuyen a la violencia

Las mujeres jornaleras reconocen que la violencia contra ellas y sus hijos e hijas forma parte del cotidiano en la mayor parte de sus parejas y familias. No justifican la violencia pero tampoco han encontrado formas eficaces de evitarla, excepto la separación y consecuente migración a un campo en otro estado. Por lo que platicaron en los grupos focales, cuando hay una relación en que la mujer violentada ya no puede más, mejor se va de ese campo a otro en otro estado. Pero son las menos, pues en los propios grupos de enfoque llegamos a tener casos de mujeres amenazadas de muerte que permanecen en esas relaciones. Como el caso de Juanita, de Oaxaca, todavía en el puerperio intermedio, que tenía semanas sin dormir porque su marido la amenazaba en las noches con machetearla a ella y a su bebé recién nacido.

Las mujeres pueden describir las situaciones con lujo de detalles, con anécdotas que suelen ser aleccionadoras para ellas y, aunque los grupos focales les dieron la posibilidad de identificarse entre ellas y de reflexionar, más que resignación, prevalecen los sentimientos de impotencia y la creencia de que la realidad es y será así. Algunas dicen:

«Se dejan más que otras», unas «van a trabajar todas madreadas», otras dicen «yo no me dejo, si me quiere pegar, pues yo también le doy» [Mayté, Sinaloa]; «yo le contesto con groserías, bajito, para que no me oigan los vecinos de ahí cerca» [Susana, Veracruz].

En general, reconocen que el alcohol y las drogas exacerbaban o disparan los eventos de violencia en las familias. En este campo está prohibida la venta de alcohol y hasta existe dentro del poblado un programa activo de alcohólicos anónimos, pero ellas señalan que muchos de los hombres consiguen la bebida de manera ilegal. Es importante recalcar aquí que en uno de los estudios más específicos sobre violencia hacia mujeres migrantes en los Estados Unidos [Van Hightower *et al.*, 2000] se encontró que el uso de drogas y alcohol por parte de los compañeros o parejas es el principal predictor para la existencia de violencia sexual contra las mujeres, así como predictor del miedo de las mujeres hacia sus agresores.

33

Durante las conversaciones grupales hubo reflexiones interesantes respecto del machismo y las causas genéricas de maltrato:

[Ellos] se sienten más grandes que uno... que la mujer. Sienten que nada más ellos son en esta vida, no la valoran a uno. [Marisela, Veracruz]

Las que pudieron superar graves episodios de violencia y aún permanecen con sus parejas son realmente pocas. En ese sentido, Eva hace una reflexión interesante sobre los roles y las «razones» de la violencia:

Pues a veces la gente dice que [la violencia] es porque uno no los atiende, verdad, pero yo a él lo atendía, yo le tenía su ropa limpia y planchada, su lonche a su hora, sabiendo a la hora que ya llega a cenar, le hacía su cena, cuando le tocaba estar cerca de ahí le llevaba su lonche, todo eso, entonces yo

decía, pues ya les gusta la sinvergüenzada, entonces yo lo dejé y él fue y me busco, pero yo al juntarme [de nuevo] con él le puse muchas condiciones, que si iba a ser así que yo le iba a quitar los hijos y lo iba a demandar...y así pues nos salimos de ahí y lo noté pues luego luego... pues son diferentes, pues...

Sin embargo, lo más frecuente es que se queden calladas durante un episodio violento, como una estrategia que siguen las mujeres con la idea de evitar que la violencia escale, pero esto no evita que permanezcan en el ciclo de la violencia.

Porque son hombres tienen el valor de maltratar a uno que somos mujer y pues uno no se defiende porque uno entiende que es más débil que ellos, por eso. [Martha, Oaxaca].

Pues si uno le responde la voz, le agarran a pegarle y eso y si uno se queda callada pues no nos pegan. [Liliana, Sinaloa]

34

Las mujeres reconocen que se han criado en relaciones violentas y ahora las reproducen. La violencia generacional en estas mujeres es evidente, así como son frecuentes las carencias afectivas en la relación con la figura del padre, que generalmente representa una imagen de violencia. Juana, de Veracruz, nos ilustra cómo se daba la relación con su padre:

Yo de mi papá nunca tuve cariño de él porque cuando él se enojaba con mi mamá le pegaba y yo pues quería defender a mi mamá y entonces también me pegaba a mí...entonces ya me hacía a un lado, sacaba a mis hermanitos a jugar para que no vieran ellos, porque yo soy la mayor de la casa...

Ellas cuentan que las formas que frecuentemente utilizan para «corregir» a sus hijos/as son violentas, perpetuando entonces el ciclo de violencia, lo cual es común en el poblado:

Un día así de la desesperación le pegué muy feo a mi niña [porque] se subió a un alambre. Yo estaba lavando y ella se rajó muy feo...me desesperé y agarré un cinto y le pegué muy feo después de que ella se había lastimado, le quedó el bracito todo moreteado...todo lo que me pasa me desquité con la niña. [Mariana, Sinaloa].

Otra sobreviviente de violencia en la pareja, explicaba que las relaciones de «amor» siempre en su caso han sido violentas:

Desde chiquita mi mamá me maltrataba mucho, a lo mejor porque se sentía desesperada desde que yo nací. Yo no conocí a mi papá, pues siempre ella ha estado sola... [Reyna, Oaxaca].

En otras, como Patricia, su infancia le sirve como referencia para optar por actitudes de protección a sus hijos, al respecto reflexionaba:

[Yo no corrijo a mis hijos con golpes] porque por ahí ya pasé porque mi papá era muy violento, le pegaba a mi mamá y nos pegaba a nosotros. Y por eso digo que los niños deben de tener respeto, amor, cariño de uno de madre y de padre, porque yo nunca lo tuve. El de mi madre sí, pero el de mi padre no.

Las formas que adopta la violencia hacia las jornaleras

Las formas de agresión hacia las mujeres jornaleras van desde las psicológicas, como los gritos, las amenazas, las groserías, las calumnias y las injurias, hasta el maltrato físico y el sexo forzado. La calumnia se hace evidente en el caso de Irene:

El dijo que yo tenía amante, como tengo dos pares de cuates decía que uno era de él y uno de mi amante.

Esther describía parte del maltrato físico por parte de su pareja a quien, finalmente logró abandonar en otro campo de Baja California Norte:

Él era muy agresivo, me golpeaba muy feo, como cinco veces me mandó al hospital...y entre más me ponía yo con él, más me golpeaba, entonces ya últimamente estaba peor el asunto porque fijese que me golpeaba y yo ya me dejaba, nada más recibía los golpes...

Se reproducen las mismas formas de violencia que viven en sus pueblos de origen, aunque algunas reconocen que en ciertos casos, los hombres aquí se cuidan de no «excederse» porque este campo tiene personal de vigilancia. Virginia y Mariana comentaban que en su pueblo veían a sus vecinas perseguidas por sus compañeros con el cinto y hasta con el

machete. En el poblado de Baja California Sur las persecuciones de este tipo aparentemente no son tan frecuentes (aunque ya he referido que durante los grupos focales nos tocó un caso de una mujer amenazada diariamente por su marido con un machete), pero las mujeres señalaron que es muy frecuente escuchar gritos e insultos dentro de las viviendas.

Las anécdotas y relatos sobre los «celos» se repitieron en una y otra conversación grupal. Los «celos» como razón y excusa para el maltrato de los hombres hacia las mujeres y a su vez como justificación que ellas encuentran para, aparentemente no reaccionar directamente frente a ellos. Se repitieron historias del hombre celoso que no deja salir a la mujer del cuarto hasta que él regresa de la labor y ella recién en esos momentos puede ir por primera vez en el día, acompañada por él, al baño comunal.

También abundaron los relatos sobre hombres que fuerzan sexualmente a las mujeres porque eso les «garantiza» que no van con otros.

36

[...] él me lo hace por sus celos, él dice que...por eso las mujeres engañan a sus maridos porque luego andan hablando que 'mi marido no me hace caso en la noche' por eso buscan a otro hombre... y por eso a veces yo lloro de muina porque pues, yo estoy cansada, tengo sueño y me empieza a decir cosas y pues sí se deja uno pero de mala gana. [Irma, Guerrero].

Sí, a la fuerza, pues uno trabaja, yo trabajo en el campo, uno se cansa mucho, llega uno a hacer cena, él en la casa nunca me ayudó...uno no tiene tiempo ni para pensar en eso, es más, piensa uno lo que va a hacer mañana de lonche, qué le llevo a mi niña...pero él me obligaba, me insultaba, pues sí yo me dejaba porque me decía cosas: que a lo mejor se lo estaba guardando a otro... [Viviana, Veracruz].

La pareja de Tere es un caso que ellas reconocieron como típico de «celos» en el poblado: *«Me cела con sus propios hermanos, con sus tíos, con sus primos, antes no me dejaba salir a hablar con otras mujeres, decía que las mujeres luego nos sentamos a platicar puras cosas de hombres. Yo no me podía reír, no podía salir y hasta la fecha, pues...»*

Observamos que en lo aparente las mujeres explican esta forma de violencia manifestada por los «celos» como elemento que forma parte de algunas relaciones de pareja, algo que ahí está y va a seguir estando. Las que

no tienen compañeros «celosos» frecuentemente lo atribuyen al factor «suer-te», asumiendo que la mayor parte de los hombres de esas comunidades son celosos.

Otro aspecto a mencionar es el de la negligencia, la cual es considerada en la literatura y por los organismos internacionales como un tipo de violencia hacia las mujeres, en tanto las inhabilita hacia su autonomía como seres humanos dignos. Uno de los recursos que permiten o facilitan la autonomía y que se considera un factor empoderante, es el dinero. Estamos hablando de mujeres trabajadoras que ganan dinero por su labor, hecho que debiera ayudar a fortalecer sus decisiones personales dentro del hogar, con sus parejas y para sus futuros. Sin embargo, lo que pudimos detectar en los grupos focales es que la percepción económica en ellas no implica un sentido de fortalecimiento personal presente o futuro. En los casos de las más jóvenes, que han formado y viven con su primer pareja, no todos los maridos o compañeros comparten sus salarios con ellas para cuestiones del hogar. Según los testimonios, algunos aportan lo mínimo y el resto lo envían a sus familias de origen, o lo ahorran para adquirir terrenos o construcción de viviendas en sus estados.

Las mujeres unidas con parejas que no son los padres de todos sus hijos e hijas, suelen vivir situaciones más complejas. Fue común escuchar que los nuevos compañeros no sienten la obligación de hacerse cargo económico de hijos e hijas anteriores a estas uniones, por lo que aportan lo necesario para los hijos biológicos solamente. Esto significa que la carga económica y también moral es asumida prácticamente en su totalidad por las jornaleras-madres, pues ellas son las que se sienten obligadas a mantener a toda la familia, y, entonces, invierten todo lo que ganan en el jornal, inclusive, entablan deudas en las tienditas de abarrotes o crean más estrategias de subsistencia, como «lavar ajeno», «vender comida», etcétera. Las tareas adicionales que implican estas estrategias de subsistencia les quitan a las mujeres horas de descanso, incrementan sus esfuerzos físicos y ni siquiera les reditúan posibilidades de ahorro personal. No obstante, esto no quiere decir que ellas ‘no hacen nada’ por romper con los ciclos de violencia y negligencia. Reitero que varias de ellas tomaron la oportunidad de

migrar desde sus comunidades de origen en el sur del país, justamente para escapar de la violencia por parte de su pareja o familias. Otras, como bien apunta Monzón Lara, han intentado en diferentes niveles y circunstancias, modos de acabar con la violencia hacia ellas, pero no han dado los resultados que ellas esperaban.¹¹

Razones que ellas arguyen por las que siguen con sus parejas

38 Relatos llenos de detalles, a veces en la expresión de una sola de las participantes de los grupos focales, otras veces empezaba el relato una y le pasaba la voz a otra siguiendo la misma línea testimonial, mientras las demás asentían sobre esas formas tan reales que adopta la violencia perpetrada por sus parejas contra ellas y sus hijos e hijas. Entre lo más frecuentemente mencionado está el abuso físico, el verbal y el psicológico, así como el abandono, la negligencia y los celos persecutorios. Me surge, entonces la siguiente interrogante: Si las jornaleras pueden describir con detalle los maltratos y el abuso de que son objeto o en los que participan, además, si están concientes de las formas que adoptan las agresiones a las cuales llaman claramente por su nombre, entonces, ¿por qué continúan en estas relaciones, con los perpetradores?¹² Tres fueron las razones expresas, así como aparentes que encontré en las conversaciones grupales de las mujeres: 1) por mantener la estructura familiar ante los hijos e hijas; 2) por la presión social a vivir en pareja dentro la comunidad y 3) por miedo. Con base en los testimonios puedo afirmar que estos tres motivos en la mayor parte de las veces concurren y son interdependientes.

Mercedes comentaba sobre su comadre de Oaxaca:

Y ella lloraba mucho y decía 'lo voy a dejar', pero otra vez pensaba por sus hijos y... [no lo dejaba].

Rosalinda agregaba que en su caso, el miedo está presente todo el tiempo:

Yo nunca acostumbro tener el cuarto sucio, porque si él ve por ejemplo un pañal tirado, con eso se enoja, grita, dice palabras de esas, pues...y yo tengo miedo.

Aunque los tres motivos aparentes que encontramos son claros en los testimonios, considero importante mencionar aquí lo que Monzón Lara apunta respecto de los factores que influyen para que las mujeres permanezcan en las relaciones violentas. Esta autora plantea que, desde el marco analítico ecológico, se consideran una serie de barreras que impiden que las mujeres salgan de las relaciones violentas, los cuales, son los factores internos (subjektividad) y externos (del entorno) a ellas, y que se dan de manera interrelacionada. Muchos de estos factores son constatables.¹³

En cuanto al factor «miedo» éste es considerado por autores como el factor psíquico que contribuye a perpetuar la permanencia con la pareja violenta y en mucho de los casos, como conducente a la depresión y hasta al suicidio. [De Torres y Espada, 1996]. En el caso de las jornaleras en relaciones violentas, podemos afirmar que la magnitud del «miedo» dependerá de sus factores internos, subjetivos, de acuerdo al caso y que los dos primeros factores o «motivos aparentes» mencionados actúan como barreras sociales solapadas, los cuales impiden finalmente a las mujeres romper con las relaciones de pareja violentas¹⁴ debido a que estos «motivos» están directa y realmente relacionados a la posibilidad de subsistir, mantener el trabajo y una determinada estructura familiar, en esa comunidad que mantiene valores subyacentes de dominancia masculina. Esto hace que perciban que hay mucho que arriesgar, aunado a que viven en un lugar de residencia no-permanente (muy lejos de su tierra de origen) y, de hecho, en una constante sensación de aislamiento, sin la presencia de redes informales o institucionales de apoyo.

La percepción de 'falta de poder' por parte de las que viven relaciones violentas con sus parejas o en sus casas se identifica porque se sienten solas ante el o los agresores, pero además sin recursos externos que pudieran garantizarles un refugio o apoyo en caso de que decidieran emprender alguna acción para superar su condición de víctimas de violencia. Podemos conjeturar, que es por esta percepción de soledad e impotencia agravada por el auténtico aislamiento en un estado nuevo, por lo que las mujeres reaccionan cuando la situación violenta llega realmente al límite.

Recursos de apoyo que existen dentro del campo agrícola y cuáles ellas identifican

El campo agrícola, a pesar de albergar en su comunidad hasta tres mil personas en épocas de cosecha y de situarse dentro del municipio de La Paz, capital del estado, está aislado respecto de recursos institucionales. Los programas que tienen el mandato de trabajar con esta población migrante tienen acciones de poca incidencia respecto de la violencia. Recursos humanos y materiales para asistir en casos de violencia hay propios en la empresa, como la clínica de salud, el sistema de vigilancia y la oficina de administración. Sin embargo, no existe un sistema integral con ruta crítica donde se establezcan mecanismos organizados de detección, manejo y referencia de los casos, ni un sistema de prevención.

40

Estas mujeres desconocen los recursos gubernamentales que existen en esta entidad receptora, tanto para el tratamiento de la violencia, como en los que ellas puedan desarrollar capacidades e incrementar su posibilidad de autonomía (educación, alfabetismo, salud). Conocen, en cambio, el programa escolar y lo que hace la policía municipal, a quienes utilizan como únicos recursos, que se usan ya en situaciones extremas.

Dentro del campo, acuden con «el campero» para que interceda cuando hay sucesos violentos importantes en una pareja residente, como en el caso de Emma:

Siempre le digo al señor y viene y ya arreglamos pues el problema que nosotros tenemos. [Emma, Guerrero].

Este personaje es controversial, ya que mientras la mayoría de las mujeres lo reconocen como una autoridad moral positiva dentro del poblado y del campo agrícola, hay quienes se refieren a él de manera negativa pues dicen que cuando le ha tocado interceder en episodios violentos de las parejas, ha reforzado a los maridos echándole la culpa a las mujeres de «provocar» los eventos de violencia. Pero en definitiva ellas aprovechan la imagen moral simbólica del campero como recurso, a veces a manera de amenazas, ante sus maridos durante los sucesos de violencia. El personaje

del campero suele ser también útil para que algunas mujeres intervengan indirectamente en episodios violentos entre parejas de vecinos, como lo manifiesta Laura:

Pues si veo que a la vecina le están dando, ahí, pues en mi criterio mejor le aviso al campero, más que nada porque él es el que está en dar los auxilios. Pues de prestar ayuda, pues mejor acudir a él y avisarle qué es lo que sucede.
[Laura, Veracruz].

Aquí se nota que las mujeres no se plantean la posibilidad de la acción directa como vecinas para auxiliar a una compañera, tal vez por autoprotección, sin embargo, muchas de ellas no dejan pasar los episodios sin dar aviso a un recurso humano del propio campo.

Si el campero no ha logrado detener la agresión, el siguiente recurso de apoyo identificado es la policía municipal, o «el comandante» como algunas mujeres refieren, a quien se acude para que detenga al agresor. Hasta el momento en que se realizó el trabajo de campo, la «violencia familiar» no estaba aún tipificada como un «delito» en el código penal. Es decir, a menos que las lesiones que el agresor imprimiera en la víctima tardasen en sanar más de 15 días, éste saldría libre en muy poco tiempo. Este hecho significaba la mayor parte de las veces, un refuerzo del poder del agresor sobre la víctima y por consecuencia, un retroceso en el acceso a la justicia por parte de las mujeres. Aunque la mayoría de las mujeres identifican que la violencia contra ellas y en la familia es algo «que no está bien», desconocen la existencia de mecanismos institucionales específicos para atender estos delitos, como la Subprocuraduría de Atención a la Mujer y al Menor (SAMM), o los recursos gubernamentales que sirven como coadyuvantes en el registro de víctimas, como en es el caso de la Secretaría de Salud. Esto es interesante, pues personal de la empresa comentó en las entrevistas que en algunos de los casos, la SAMM ha tenido injerencia, sin embargo ninguna de las participantes en los grupos de enfoque estaba enterada acerca de su existencia ni de su accionar. En cuanto a los servicios de salud, muy pocas mujeres identificaron a los proveedores de salud dentro de la empresa, como personas que pudieran ayudarles en casos de

agresiones, por lo que prefieren no acudir a ellos. Los servicios de salud institucionales como el IMSS, del cual son derechohabientes las trabajadoras agrícolas o la Secretaría de Salud en el estado tampoco son identificados como posibles recursos de apoyo en relación con la denuncia o combate a la violencia contra ellas y sus hijos e hijas.

Conclusiones

42 Durante la convivencia cotidiana de las familias jornaleras en los poblados estudiados, en general se reproducen las formas de abuso que las mujeres y sus hijos e hijas sufren en sus lugares de origen, siendo sus parejas los principales victimarios. Una de las excusas comunes por las que, según los relatos, las parejas justifican su violencia hacia las mujeres son los «celos», lo que realmente evidencia el derecho que se arrogan los perpetradores hacia el control y posesividad absoluta sobre las mujeres. Una diferencia importante que se evidenció en los testimonios grupales en cuanto a la violencia vivida en sus estados de origen respecto a la vivida en el poblado del campo agrícola es que en estos poblados ellas identifican algunos elementos que servirán de protección a su integridad, como el personal de vigilancia de la empresa.

El panorama cotidiano tiene significados desempoderantes para todas las mujeres jornaleras y más aún para aquellas que sobreviven a situaciones cotidianas violentas porque la mayor parte de las fuentes de poder personal y social están ausentes o desactivadas (apoyo social, surgimiento y reconocimiento de liderazgos individuales o colectivos, valoración personal, habilidades educativas, de oficio, etcétera, dinero para sus propias necesidades, contactos externos, entre otras). Mientras tanto, el sistema comunal fomenta la perpetuación de fuentes de poder para los hombres, permitidos (sistema de valores) o no permitidos, pero existentes (alcohol y drogas) en el campo agrícola, retroalimentando así las condiciones para la violencia de género.

La migración de las mujeres en algunos casos tuvo como móvil principal la posibilidad de salir de una relación violenta en sus tierras de origen o en campos agrícolas de la ruta del norte. Por consiguiente, de las

mujeres que migraron por propia iniciativa para salir del ciclo de violencia fueron muy pocas aquellas que aún permanecen con esa misma pareja.

La sociabilidad entre las mujeres está afectada también por las diferencias étnicas, lo cual aumenta el encierro y el ensimismamiento de las que sufren violencia. Como se explica a lo largo de este capítulo, las mujeres jornaleras intentan formas de superar sus situaciones violentas pero es común que no lo comenten ni lo socialicen con las otras, lo que no les ayuda a aprender entre ellas ni a poder diseñar estrategias alternativas. Como resultado de lo anterior, hay una falta de organización de las mujeres, carencias en la búsqueda de lenguajes comunes y, aunado a la escasa solidaridad entre ellas (por razones también relacionadas con el género y la estigmatización, como se mencionó), no existe identificación de posibles liderazgos naturales. Los liderazgos son necesarios para acciones coordinadas de defensa y protección en casos de violencia contra las mujeres.

La mayoría de las mujeres que participaron en este estudio no desconoce que poseen un *poder* dentro de sus hogares, especialmente con sus hijos e hijas. Sin embargo, dado que desconocen los recursos institucionales que existen fuera del campo agrícola y al no haber un sistema de apoyo establecido dentro del campo o del poblado, las que sufren violencia se mantienen reclusas en su problemática.

La violencia que las jornaleras cuentan vivir, está influenciada por los factores que Jorge Corsi denomina «factores con eficacia causal primaria» derivados de los estereotipos de género, de la desigualdad entre los géneros, de la organización familiar vertical con poderes diferenciados a partir de los roles de género en comunidades dominadas por esquemas masculinos pero (que también se ven cuestionadas por la participación laboral de las mujeres), de la violencia acarreada generación tras generación y, finalmente, como consecuencia de que algunas decidan asumir que «así es y será la vida». Asimismo, los llamados «factores asociados» a la violencia concurren en esta comunidad, como los estresantes económicos, laborales, el aislamiento, la baja sociabilidad y el abuso de drogas y alcohol.

Se agregan además los «factores que contribuyen a perpetuar el problema» por la ausencia de redes internas de apoyo y las carencias operativas de los sistemas sociales de atención de casos.

Los factores asociados que aparecen en esta comunidad están agravados por la condición de migración de las comunidades y más aún por la mezcla de pueblos que provienen de estados diversos con diferentes costumbres y tradiciones familiares. Esto hace que la percepción de «aislamiento» de las mujeres se encuentre magnificada en cuanto al real distanciamiento geográfico del campo agrícola con respecto a los recursos urbanos existentes.

Sin embargo, lo expuesto no significa que no pudieran darse las condiciones necesarias para aprendizaje de formas de reconocimiento entre las migrantes así como de fuentes de empoderamiento, incluso considerando que su permanencia en el campo agrícola no sea estable. Es importante mencionar que a través de los grupos de enfoque pude detectar que las mujeres desean hacer algo para mejorar su situación y la de sus familias con respecto a los malos tratos y la violencia. Fueron patentes las necesidades que ellas tienen de hablar sobre estos temas, así como su apertura a aprender de las demás, de aquéllas que ya tenían experiencias en superar situaciones de abuso.

Esta investigación abre nuevas interrogantes e hipótesis para futuros trabajos, como por ejemplo: ¿Qué ocurre a nivel emocional con las mujeres que subsisten en relaciones violentas pero no migran, durante las épocas en que sus maridos migran a los estados del Norte? ¿Qué tan frecuente es en la población jornalera femenina, el factor «migración» para huir y romper el ciclo de relaciones de pareja violentas? ¿Cuáles son los efectos de mediano y largo plazo de esta combinación entre violencia doméstica y la migración en los niños y niñas jornaleros? ¿Cuáles son las lecciones aprendidas en comunidades organizadas, si las hay, en torno a esta problemática?

Finalmente, es también de suma importancia el trabajo de sensibilización con los hombres jornaleros sobre las múltiples implicaciones que tiene la violencia hacia las mujeres y sus familias. En este rubro, tanto las empresas, la sociedad civil, la academia, como las autoridades de Baja California Sur tienen una responsabilidad social ineludible. ●

Fecha de recepción: 7 de abril de 2006

Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2006

Mónica Jasis Silberg

mjasis@gmail.com

Mexicana. Doctora en investigación de políticas en salud reproductiva por la Universidad de California en San Francisco, Estados Unidos. Maestra en salud pública por la Universidad de San Diego. Actualmente es directora de Investigación e Incidencia en Políticas Públicas del Centro Mujeres A.C. en La Paz, Baja California Sur.

Notas

46

* Ponencia presentada por la autora en el IV Coloquio Nacional de Estudios de Género del Pacífico Mexicano, realizado en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en la ciudad de Morelia, Michoacán los días 16 y 17 de marzo de 2006.

¹ Se omite el nombre de la empresa y los poblados, por protección a los y las informantes clave en esta investigación.

² Este trabajo es resultado del proyecto «Migración y violencia de género: el caso de las mujeres jornaleras agrícolas en el municipio de la Paz, Baja California Sur» realizado por el convenio Centro Mujeres, A.C. y la Universidad Autónoma de Baja California Sur, financiado en parte por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, a través del Fondo Proequidad del Instituto Nacional de las Mujeres, en 2003. Durante el primer año desarrollamos esta exploración de necesidades dentro de un programa macro de Mujeres A.C., el cual es de tres años y consta del establecimiento de un modo operativo de prevención, detección y manejo de casos de violencia.

³ «Violencia en México. Alarma cifra sobre maltrato a mujeres». Modemmujer. Red de Comunicación Electrónica, Informativo «La Cuchara», 30 de abril de 2004.

⁴ En su revisión, Jewkes menciona postulados donde se explica cómo es la relación entre violencia y pobreza, la cual pudiera estar mediada por formas de crisis de las identidades masculinas, las cuales están imbuidas de ideas acerca de lo que es una «masculinidad exitosa» «el honor» y el respeto. Jewkes, Rachel (2002): «Intimate partner violence: causes and prevention». *The Lancet*. April 20, p. 359.

⁵ El trabajo de campo lo realizamos Blanca Olivia Peña Molina (UABCS) y Mónica Jasis (Centro Mujeres A.C.), co-investigadoras principales, Brenda Santa Ana Peña (UABCS) asistente y Carmen Montoya (Centro Mujeres A.C.) orientadora comunitaria.

⁶ Los nombres de las mujeres que aparecen en los testimonios a lo largo de este texto han sido sustituidos por protección a las participantes de los grupos focales que desinteresada y amablemente han colaborado en esta investigación.

⁷ La Organización Mundial de la Salud recomienda que en este tipo de proyectos de investigación, las investigadoras involucradas deberían cumplir con el compromiso de coadyuvar en estrategias de solución a la problemática de violencia hacia las mujeres. (García Moreno, 2001).

⁸ Los entrenamientos fueron desarrollados por una orientadora comunitaria y una enfermera sanitarista de Centro Mujeres A.C.

⁹ Rachel Rodríguez encontró en los discursos grupales de jornaleras migrantes mexicanas en Estados Unidos, un factor que de manera interesante contribuye a obstaculizar la solidaridad y organización entre ellas, en lo referente a enfrentar la violencia. Al describirse entre ellas mismas, sobre otras mujeres abusadas en la propia comunidad, usan estereotipos, hecho que representa un obstáculo para solidarizarse, porque quienes viven relaciones abusivas no sienten que pueden hablar abiertamente sobre el tema sin ser juzgadas por las otras mujeres. (Rodríguez, Rachel, 1999).

47

¹⁰ El esquema de Carlos Sluzki es citado y retomado por Jorge Corsi (2003).

¹¹ Inmaculada Monzón Lara: «La violencia familiar desde una perspectiva ecológica», En Corsi, Jorge, 2003:127-146.

¹² Me refiero a los perpetradores primarios, que en su mayoría se ha identificado como sus parejas, aunque ya he mencionado que algunas mujeres son perpetradoras hacia sus propios hijos e hijas.

¹³ Monzón Lara, Inmaculada, *Op. cit.*

¹⁴ Los motivos o factores que he encontrado en las voces de las mujeres se enmarcan dentro de lo que Monzón Lara denomina las «barreras externas objetivas y constatables», las cuales «se encargan de disuadir e impedir los intentos de separación o cambio, frustran todo intento en este sentido y lo convierten en un fracaso. Otras barreras son más solapadas y actúan como reforzadores de la misma situación». Monzón Lara, Inmaculada, *Op. cit.*, p. 137.

Bibliografía

- Castro, R. Peek-Asa, C. & Ruiz, A. (2003). «Violence Against Women in Mexico: A Study of Abuse before and during Pregnancy.» *American Journal of Public Health*, 3 (7), July, pp. 1110-1116.
- Catell, V. (2001). «Poor people, poor places and poor health: the mediating role of social networks and social capital». *Social Science and Medicine*, 52, pp.1501-1516.
- Corsi, Jorge *et al.* (2003). *Maltrato y abuso en el ámbito doméstico. Fundamentos teóricos para el estudio de la violencia en las relaciones familiares*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- De Torres, P. & Espada, F. (1996). *Violencia en casa. Psicología y Bienestar, Guías Prácticas*. Editorial Santillana, España.
- El Colegio de la Frontera Norte (2001). *Los Rostros de la Violencia*. Tijuana, México, El Colef eds.
- Finkler, K. (1997). «Gender, domestic violence and sickness in Mexico». *Social Science and Medicine*. 45 (8) 1147-1160.
- García Moreno, Claudia, coordinator (2001). *Putting Women First: Ethical and Safety Recommendations for Research on Domestic Violence Against Women*. Department of Gender and Women's Health. Geneva. World Health Organization.
- Gazmararian, J., Petersen, R., Spitz, A., Goodwin, M., Saltzman, L. & Marks, J. (2000). «Violence and Reproductive Health: Current Knowledge and Future Research Directions. Commentary». *Maternal and Child Health Journal*, 4 (2) , pp. 79-83.

- González Montes, Soledad (coordinadora) (2003). «Salud y derechos reproductivos en zonas indígenas de México». *Memoria del Seminario de Investigación. Documentos de Trabajo. Número 13: Sexualidad, Salud y Reproducción*. Programa Salud Reproductiva y Sociedad. El Colegio de México.
- Grych, J, Jouriles, E., Swank, P., McDonald, R. & Norwood, W. (2000). «Patterns of Adjustment Among Children of Battered Women». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, Feb., 68 (11), pp. 84-94.
- Hirsch, J. Higgins, J. Bentley, M. & Nathanson, C. (2002). «The Social Construction of Sexuality: Marital Infidelity and Sexually Transmitted Disease-HIV risk in a Mexican Migrant Community». *American Journal of Public Health*, 92 (8) August, pp. 1227-1237.
- Jewkes, Rachel (2002). «Intimate partner violence: causes and prevention». *The Lancet*. 359, April 20.
- Knaul, M. & Ramírez, M.A. (2003). «El impacto de la violencia intrafamiliar en la probabilidad de violencia intergeneracional, la progresión escolar y el mercado laboral en México». *Caleidoscopio de la Salud*. México. www.funsalud.org.mx/casesalud/caleidoscopio.
- Martin, S. Gordon, T. & Kupersmidt, J. (1995). «Survey of Exposure to Violence Among the Children of Migrant and Seasonal Farm Workers». *Public Health Reports*, 110 (3) May-June, pp. 268-276.
- Méndez Morales, Sara (2002). *Mujeres Migrantes. La salud de las jornaleras agrícolas*. Oaxaca. Programa PAJA, Sedesol, Coordinación Estatal Oaxaca.
- Oxaal, Z. & Cook S. (1998). *Health and poverty gender análisis*. Bridge Development, Gender Series. Institute of Development Studies. University of Sussex, Brighton, England.
- Pérez, M., Garza, R. & Pinzon, H. (1998). «Northern California Hispanic Migrant farm workers health status: a case study». *Migration World Magazine*. 26 (1) January-February.

- Preibisch, K. (1998). «Sin espacio para disentir. La experiencia de las jornaleras en el Valle de Atlixco, Puebla». En: María Luisa Tarrés, comp. (1998) *Género y cultura en América Latina*. México. El Colegio de México.
- Rodriguez, Rachel. (1999). «The Power of the Collective: Battered Migrant Farmworker Women Creating Safe Spaces». *Health Care for Women International*, 20 pp. 417-426.
- Saucedo, Irma. (1997). «Aspectos sociales de la violencia». En: Martínez de Castro, Inés, Edith Araoz Robles & Fernanda Aguilar, comps. *Género y Violencia*. El Colegio de Sonora.
- Short, Lynn & Rachel Rodríguez. (2002). «Testing an Intimate Partner Violence Assessment Icon Form with Battered Migrant and Seasonal Farmworker Women». En: *Domestic Violence and Health Care: Policies and Prevention*. The Haworth Press Inc.
- Sutherland, Ch., Sullivan, C. & Bybee, D. (2001). «Effects on Intimate Partner Violence Versus Poverty on Women's Health». *Violence Against Women*. 7 (10), pp. 1122-1143.
- Torres Falcón, Marta (2001). *La violencia en casa*. Editorial Piados, México.
- UABCS-Sedesol-OPIDS (1998). *Diagnóstico sobre Jornaleros Agrícolas en el Municipio de La Paz*. UABCS, eds.
- Van Hightower, N. Gorton, J. & Lee DeMoss, C. (2000).»Predictive models of domestic violence and fear of intimate partners among migrant and seasonal farm worker women.» *Journal of Family Violence*, 15 (2), June, pp. 137-154.



